

La pájara

Andrés Botella

Cualquiera que conociese a don Benigno reconocería enseguida que sus padres habían acertado en la elección del nombre. Era un pedazo de pan. Apocado, eso sí, pero una excelente persona y un extraordinario compañero de trabajo.

Vivía solo desde el fallecimiento de su madre, tras larga enfermedad. Su padre les había abandonado cinco años antes, en cambio, desplomándose en plena calle, fulminado por el rayo de un pipiritaje.

A esas alturas, había renunciado a encontrar una mujer con la que compartir el resto de su vida. Algo taciturno y extremadamente metódico, rara vez se apartaba de sus costumbres. Sin embargo ese día había hecho una excepción, quebrantando su austeridad, y había accedido a tomar una caña con los compañeros de la oficina para despedir a don Jacinto y celebrar su inminente jubilación.

Julián trabajaba en un pequeño taller de forja cerca del puerto. Llevaba tiempo dándole vueltas, pero no se había decidido hasta la noche anterior. Su mujer, por la mañana, no podía dar crédito al disparate.

—¿Al trabajo en bicicleta, tú?—exclamó, desorbitando los ojos—. Parecerás un *chambilero*.

Ni por ésas se arredró. ¡Menudo era él! Le había pedido prestada la bicicleta a un amigo para hacer la prueba de fuego y estaba dispuesto a cruzar toda la ciudad, cuesta abajo en la rodada, ya que vivía en la parte alta, bastante lejos del puerto.

—Además los ciclistas tenemos preferencia en todos los carriles—proclamó, subido en el sillín, como si hubiese recitado una de las leyes fundamentales del reino.

—¡Pues mira tú qué bien!—le espetó su mujer, desafiándolo con la mirada—. Luego con el calor y cuesta arriba, verás—terminó por avisarle.

En vez de responderle, inició un pedaleo titubeante que, poco a poco, fue ganando confianza, mientras se alejaba, dispuesto a surcar el laberinto de carriles en aceras y calzadas.

Llegó a la fundición como el Indurain de las grandes tardes, cubierto de sudor, como si hubiese escalado los Alpes y los Pirineos en una sola etapa.

La media docena de almendritas y el par de boquerones en vinagre no fueron suficientes para disipar la sonrisa beatífica ni los coloretos del rostro de don Benigno, después de las tres cañas que no había tenido más remedio que tomar por compromiso.

Invadido por un dulce sopor, se despidió de don Jacinto en la puerta del bar, con un emotivo abrazo y la promesa formal de no faltar a la cena de despedida el próximo viernes. Después, se giró con un movimiento amplio, que puso en peligro su equilibrio, y la punta de sus zapatos atravesó una de las líneas continuas del carril bici de la acera.

Julián empezó a ver turbio a los quinientos metros de haber emprendido el camino de vuelta a casa. Enseguida, sus músculos se volvieron de corcho y las fuerzas le abandonaron. Se sentía aplastado por el sol. Siguió pedaleando por llevarle la contra a la profecía matinal de su mujer, aunque la bicicleta apenas avanzaba en cada impulso.

—¡Es una pájara!—masculló entre dientes con resignación.

Tenía todos los síntomas, especialmente la visión doble, que le impidió identificar quién era quién en el grupo que había aparecido inesperadamente ante él. Zigzagueó con torpeza, sin dejar de boquear como un pez fuera del agua.

Un sexto sentido o la casualidad, quién sabe, avisó a don Benigno del peligro que se cernía a sus espaldas. Una finta elegante, digna del mejor de los banderilleros, le permitió esquivar la embestida errática y serpenteante de la bicicleta, sin recibir un rasguño.

Julián no se equivocó de árbol, evitó la alucinación y se estrelló contra el real. Dio con sus huesos en el suelo y pensó que había llegado su fin, mientras vomitaba una baba espesa entre arcadas espasmódicas. Cambió de opinión, al recibir el auxilio de un buen samaritano y un zumo que fue restableciendo, poco a poco sus niveles de glucosa en sangre.

Se quedó sentado, apoyado en el tronco del árbol, junto a la bicicleta retorcida, percibiendo los sonidos, aún, como un eco lejano.

Un policía municipal apareció, de repente, en el centro del barullo, dispuesto a demostrar a la concurrencia quién era el profesional allí.

—¿Qué ha pasado?—preguntó, acentuando su autoridad.

—Un accidente—contestó don Benigno, sin poder evitar un ligero temblor.

—Salíamos del bar y nos ha arrollado—dijo don Jacinto, señalando al maltrecho Julián.

—El ciclista venía mal—ratificó otro de los oficinistas.

—Él había invadido el carril—sentenció un testigo, señalando a don Benigno—. Ha tenido la culpa.

—De eso, nada—protestó don Jacinto.

—¿Invadió usted el carril?—preguntó el guardia con cara de pocos amigos.

—Yo... no...—titubeó don Benigno, antes de interrumpirse por un hipido, que dejó escapar vapores flotantes de cerveza.

El guardia torció el gesto y se dirigió a su vehículo. No tardó en regresar con un maletín en la mano, acompañado de otro agente.

—Ya sabe que los ciclistas tienen preferencia en el carril—dijo, dirigiéndose a don Benigno—. Dado su estado—continuó—, me veo en la obligación de realizarle un test de alcoholemia. Ha sido el causante del accidente.

Si le hubieran pinchado, no habrían podido hacerle sangrar. Palideció, salpicado por las sombras de la culpabilidad, que cubrieron su rostro de sudor. Pese a las protestas de algunos de sus compañeros, obedeció al agente de la autoridad y sopló lo mejor que pudo.

—Cero sesenta y dos—anunció el guardia con una mueca de disgusto.

A don Benigno no le hizo falta preguntar si eso era bueno o malo, le bastó con contemplar las caras de circunstancias de sus compañeros de trabajo. Don Jacinto intentó mediar ante los policías, pero fue inútil.

—Si es que la gente no sabe beber—dijo una anciana, asomada al balcón de su casa.

—Tendrá que acompañarme a comisaría—dijo el guardia—. Y usted también—añadió, señalando a Julián.

Don Benigno hubiera querido que se lo tragase la tierra, volverse invisible, desaparecer. Sin embargo, se dejó conducir al coche patrulla sin oponer resistencia. Recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Sin cruzar una sola palabra con su víctima, durante todo el trayecto hasta comisaría, no paró de pensar en que la insoportable levedad del ser y la vergüenza eran dos verdades cósmicas inmutables.

Alicante, junio de 2011